

Los guardianes de la Historia

La historiografía académica de la Restauración

Segunda edición, revisada y aumentada

Ignacio Peiró Martín



Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza

ZARAGOZA, 2006

Índice general

Presentación, por Juan José Carreras Ares	7
Prólogo a la segunda edición	15
INTRODUCCIÓN	21

Primera parte

LA INSTITUCIONALIZACIÓN ACADÉMICA DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA	31
Capítulo 1. Hacia la «República de las Letras»	37
Capítulo 2. Los orígenes moderados: la Real Academia de la Historia y la gestión del pasado nacional	56
Capítulo 3. La Academia restauracionista y la construcción de la historia nacional	84
La Academia durante la «dictadura canovista» (1875-1881)... <i>¡Patriam dilexit; veritatem coluit!</i>	90
	117

Segunda parte

LOS GUARDIANES DE LA HISTORIA: IMAGEN Y REALIDAD DEL PODER ACADÉMICO	157
Capítulo 4. Los hombres de la Academia: los historiadores oficiales de la Restauración (1874-1900)	161
Capítulo 5. En el «Areópago ilustre de los favoritos de Clío»: la imagen ideal del historiador decimonónico	226

Tercera parte

EL ESPÍRITU DEL SIGLO: LA PRÁCTICA HISTÓRICA DE LA ACADEMIA.....	251
Capítulo 6. La oratoria académica: los Discursos de recepción	255
Capítulo 7. La transmisión del saber: el <i>Boletín de la Real Academia de la Historia</i> (1877-1902)	269
Capítulo 8. La representación global de la historia nacional: la <i>Historia General de España</i> dirigida por Antonio Cánovas del Castillo	323

Epílogo

EL CAMBIO DE GUARDIA DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA.....	347
APÉNDICES.....	393
I. Los académicos de la Historia (1847-1939).....	395
II. Colaboradores del <i>Boletín de la Real Academia de la Historia</i> (1877-1902)	405
BIBLIOGRAFÍA	415
ÍNDICE DE GRÁFICOS.....	443
ÍNDICE DE CUADROS	444

PRESENTACIÓN

En perspectiva caballera, la historiografía europea ofrecería un panorama uniforme, especialmente a partir de la Ilustración y el Romanticismo. Y, en última instancia, los posibles contrastes habrían sido neutralizados en el postrero tercio de siglo gracias a la universal aceptación del modelo alemán. De tal manera podría parecer que todo el problema de las escuelas nacionales consistiría, simplemente, en fechar el momento de su conversión al nuevo evangelio alemán, que, utilizando una expresión de la época, transformaría definitivamente a la *Bildungsfach* que hasta entonces había sido la historia, en una *Berufsfach*, en una disciplina profesional y en consecuencia, se suponía, científica. Pero lo mismo se abandona este punto de vista general y se descien- de a la realidad de los distintos países las cosas se hacen más complejas y diferenciadas. El mostrarlo en el caso español es uno de los mayores méritos de este libro, pero antes de insistir en ello me gustaría precisar ciertas cuestiones.

Para empezar, la tesis tradicional, es decir, la que afirma que la profesionalización de la historia *more germanico* comporta una norma de lo que sea la historia aceptada por todos, se ha visto peligrosamente reforzada por la adopción de un concepto de dudosa aplicación en este campo, si lo utilizamos como algo más que una imagen de uso convenido. Nos referimos al famoso *paradigma* kuhniano. Pues, sólo amputando la investigación histórica de su último momento, el de la interpretación, y limitándola por lo tanto a las técnicas heurísticas, de edición y de crítica, puede sostenerse que haya existido en el siglo XIX una «ciencia normal» de la historia, una ciencia que, para algunos, y a pesar de todos los cambios de orienta-

ción, se mantendría como firme cimiento hasta su contaminación por las ideologías o su definitivo naufragio en las tormentas de la posmodernidad. Pero si, por el contrario, contemplamos el trabajo histórico completo, en este caso el de la escuela alemana, sintetizado en la célebre sentencia de Droysen «forschend zu verstehen», las cosas son distintas. Pues el «verstehen» de Ranke a Droysen, con sus supuestos filosóficos y sus consecuencias prácticas, es difícilmente reducible a un procedimiento científico. Se comprenden, entonces, los reparos últimamente formulados por Georg G. Iggers o Hans Schleier frente a la identificación, sin más, de «escuela alemana» con ciencia histórica, o incluso frente a la tesis de que toda profesionalización supone forzosamente una interpretación más científica de la historia. Con lo cual, por otra parte, no se afirma nada nuevo, pues ciertamente los benedictinos de la Congregación de San Mauro ya eran más profesionales que un Voltaire o incluso un Gibbon, pero no por eso interpretaban mejor la historia que construían.

Para empezar, el famoso *paradigma* alemán, paradigma más por alemán que por paradigma en sentido propio, comenzaba a experimentar ciertas inseguridades precisamente cuando muchos lo creían incuestionable, tal como puede comprobarse leyendo los fragmentos de la correspondencia de nada menos que Bernheim publicados por G. Oestreich. Pero, además, su recepción distó mucho de ser incondicional: lo mismo se trataba de ir más allá de la pura técnica del tratamiento de las fuentes o de la institucionalización de la profesión como dedicación exclusiva. Nos lo ha recordado hace poco Christophe Charle al hablar de «l'impossible modèle allemand», como antes lo hizo Fritz Ringer al estudiar en una perspectiva comparada la cultura universitaria francesa. Pero ya en la época, el mismo Altamira, comulgando con las opiniones de Seignobos, había criticado la indiferencia frente a las ciencias sociales que suponía la metodología alemana. Debido a lo crítico de esta recepción y la tradición de cada país, fue muy diverso el resultado final de la inevitable adopción de las técnicas instrumentales de trabajo.

Los que realmente conocían la historiografía alemana, como el francés Gabriel Monod o el inglés Lord Acton, ya desde un principio se cuidaron muy bien de recomendar cualquier cosa que no fuese el trabajo de seminario o la edición y crítica de fuentes.¹ Por otra parte, ninguna historiografía universitaria europea disfrutó de tal monopolio público de la investigación como sucedió en el caso de los alemanes, en casi todos los lugares tuvo que compartir su campo con instituciones autónomas y ajenas, y con historiadores que iban por libre. Esto es cosa que reconocen hasta los autores más obstinados en encontrar semejanzas transnacionales, como le sucede a Christian Simon en su estudio comparado de la historiografía alemana y francesa de 1871 a 1914. Había, además, otro tipo de reservas que a veces desembocaron en abiertas polémicas y que no siempre respondían a la pervivencia de usos retóricos. Se trataba de la resistencia a transformar la historia en una actividad tan científica que se ahorraba cualquier esfuerzo de comunicación que rebasase la «comunidad científica» o la «comunidad de competentes», como se decía entonces. A este respecto la polémica entre Bury y Trevelyan, aunque bastante superficial, es muy ilustrativa. El primero se había permitido descalificar en su discurso de toma de posesión en Cambridge, en 1902, nada menos que a Macaulay, el clásico de la historiografía inglesa de la primera mitad de siglo (al cual, dicho sea de paso, dedicó adjetivos muy duros Droysen en su correspondencia privada). En su defensa saltó a la palestra Trevelyan, no sólo por ser sobrino segundo del autor de la *History of England*, sino porque juzgaba necesario hacer frente a los «sacerdotes de una Iglesia estatal», a los «granaderos prusianos de la erudición», incapaces de ir más allá de la

¹ Los dos historiadores se enfrentaron con la escuela alemana con motivo del lanzamiento de las dos revistas profesionales, la *Revue Historique* en 1876 y la *English Historical Review* en 1886. El artículo de Lord Acton es el que señala con más claridad los límites de la recepción del modelo alemán, con páginas no exentas de cierta ironía, «German Schools of History», *EHR*, 1 (1886), pp. 7-42; ver especialmente 26 y ss., donde trata de «Gelehrte» germano.